

# Antropofagia europea: la actualización del mito medieval para justificar el exterminio del nativo americano

*European anthropophagy: the update of the medieval myth to justify the extermination of Native Americans*

Nelson Leandro Martínez Mora

@ nelson.martinez@caroycuervo.gov.co

 <https://orcid.org/0009-0006-7770-9933>

**Cómo citar:** Martínez, N. (2020). Antropofagia europea: la actualización del mito medieval para justificar el exterminio del nativo americano. *Ignis* (14), 102-109



## Resumen

Este artículo examina cómo el mito del salvaje, originado en la edad media europea, se actualizó y utilizó para justificar la colonización y exterminio de los nativos americanos. A través de la figura del «buen salvaje», este mito fue incorporado en la cultura europea mucho antes de la expansión colonial, donde sirvió como una herramienta para deshumanizar y animalizar a las culturas indígenas. Esta percepción permitió a los colonizadores europeos ver a los nativos como seres inferiores, legitimando así su explotación, destrucción y el saqueo de sus tierras. La narrativa del salvaje, reforzada por imaginarios medievales y etnocentristas, sirvió para justificar el dominio absoluto del europeo sobre las culturas indígenas, resultando en un proceso de deshumanización y consumo simbólico de estas comunidades. Palabras Clave: Antropofagia simbólica, Colonización, Deshumanización, Etnocentrismo, Imaginario colonial, Mito del salvaje,

## Palabras clave:

Antropofagia simbólica, Colonización, Deshumanización, Etnocentrismo, Imaginario colonial, Mito del salvaje,

## Abstract

The article explores how the myth of the savage, rooted in medieval European imagination, was updated and employed to justify the colonization and extermination of Native Americans. Through the figure of the «noble savage», this myth was embedded in European culture long before the colonial expansion, where it was useful as a tool to dehumanize and animalize indigenous cultures. This perception allowed European colonizers to view natives as inferior beings, legitimizing their exploitation, destruction, and the plundering of their lands. The savage narrative, reinforced by medieval and ethnocentric imaginaries, justified European dominance over indigenous cultures, resulting in a process of dehumanization and symbolic consumption of these communities.

## Keywords:

Colonial imaginary, Colonization, Dehumanization, Ethnocentrism, My of the savage, Symbolic anthropophagy.

## Introducción

Diana Olivares Martínez analiza en su artículo “El salvaje en la Edad Media” el que se puede considerar como el origen o el imaginario de la figura del buen salvaje –*homo agreste* u *homo sylvaticus*–, en la que dicho concepto de lo *salvaje* responde a variadas y numerosas fuentes (2013). Esta figura del salvaje permite observar, por ejemplo, cómo se formulaban ciertos paradigmas sobre creencias relacionadas con los salvajes en las que se habla de cómo el hecho de que un hombre ande mucho tiempo desnudo en un “*ámbito salvaje*” puede hacer que su cuerpo quede cubierto por abundante vello<sup>1</sup> (Olivares., 2013). Distorsionado como –quizás– absurdo, toda vez, escenas de *El libro de Alexandre* hablan también de pueblos en los que se podían ver a auténticos salvajes cubiertos de pelo a modo de monos o equivalentes donde quiera que el héroe de esta obra caminase (Olivares, 2013). ¿Contribuyeron, entonces, las narraciones fantásticas a la creación de un condicionado imaginario? Diana Olivares señala que este mito del salvaje desborda incluso lo escrito de manera que se desarrollen leyendas orales que en el ámbito de lo sexual –como otro ejemplo– muestran al salvaje como un ser que asaltaba sexualmente a las mujeres con el fin de emparejarse permanentemente con ellas (Olivares, 2013). En ese sentido, este mito construido tanto en lo escrito como lo oral parece responder a un estereotipo arraigado profundamente en la sociedad europea atravesando –como ya se dijo– la Edad Media para enquistarse como un problema de corte occidental: ¿se ha movido –al menos un solo paso– el “hombre civilizado” sin el “salvaje”?

Para Bartra –antropólogo e intelectual mexicano– la respuesta se haya en un análisis que supera la época colonial y que responde, en realidad, a algo más intrínseco y profundo del europeo:

La cultura europea generó una idea del hombre salvaje mucho antes de la gran expansión colonial, idea modelada en forma independiente del contacto con grupos humanos extraños de otros continentes. Además, los hombres salvajes son una invención europea que obedece esencialmente a la naturaleza interna de la cultura occidental. Dicho de forma abrupta: el salvaje es un hombre europeo, y la noción de salvajismo fue aplicada a pueblos no europeos como una transposición de un mito perfectamente estructurado cuya naturaleza sólo se puede entender como parte de la evolución de la cultura occidental. El mito del hombre salvaje es un ingrediente original y fundamental de la cultura europea (Olivares, 2017).

Así pues, resulta plenamente racional el hablar de “el salvaje” como una de las claves retóricas de la cultura occidental pensando a dicho salvaje como la antítesis del hombre civilizado en la que la corrección de ese salvaje es lógicamente necesaria. En consecuencia, la historia de “El salvaje” muestra la continuidad de un mito repleto de conveniencias y, como ya lo dije, distorsiones: ¿qué noción de otredad sino la de distorsión puede resultarnos de un encuentro en el que dicha otredad –el conocimiento de otra cultura u otro pueblo– es creada a partir de un individualismo? El conocimiento e interacción que el europeo promueve es, en efecto, independiente de ese otro: no lo tiene en cuenta y lo desconoce con todo y que su objetivo es categorizarlo.

Los viajeros han rastreado insistentemente el mal fuera de las fronteras de su patria. Los europeos, a lo largo del siglo XIX, todavía buscaban en todos los rincones del mundo los testimonios de seres malignos ubicados a medio camino entre el hombre y la bestia. Uno de los casos más fascinantes fue el de los *niam-niams*, una tribu de caníbales negros que, según los informes, eran unos extraños hombres dotados de cola que habitaban más allá de las míticas fuentes del Nilo (Bartra, 2001).

---

<sup>1</sup> Alusión a la novela *Grimalte y Gradissa* de Juan De Flores, 1470.

Este análisis en el que el *salvajismo* no es más que un arquetipo –como modelo de ideas o pensamientos agrupados- me resulta paralelo a la concepción de “barbarie” con la que los griegos se referían a todo aquel no heleno o extranjero. Ser un “bárbaro” significaba el ser visto de manera peyorativa, bien que, para los griegos, por ejemplo, los persas –en su otredad- eran “[...] de una extrañeza tal, que su barbarie los convertía por naturaleza en seres capacitados solamente para la esclavitud” (Lepe, 2012). En ese sentido, la extranjería como condición del salvaje parece responder a un evidente ejercicio de poder esgrimido por una o varias hegemonías –estructuras sociales que establecen límites geográficos, políticos y/o simbólicos- para implantar una condición de inferioridad o de deber en aquellas sociedades o grupos étnicos dominados por dicha hegemonía que impone su relato. Ya lo dijo Fanon en su *Piel negra, máscaras blancas*: “yo empiezo a sufrir por no ser blanco en la medida en la que el hombre blanco me impone una discriminación, hace de mí un colonizado, me arrebató todo valor, toda originalidad, me dice que yo parasito el mundo” (2009). ¿Es, pues, el salvajismo una categoría arbitraria y, principalmente, conveniente en la que el civilizador inventa a su incivilizado?

## Discusión

En el apartado anterior planteé una pregunta que no fue respondida al ser ésta una pregunta meramente retórica: en efecto, el civilizado inventa a su incivilizado toda vez que lo necesita para justificarse. De esa forma, es importante señalar que en el europeo parece existir una deshumanización y, por sobre todo, una animalización de la alteridad del otro para llevarlo a un estado de inferioridad racial y epistémica. ¿Para qué?

Para justificar el saqueo, el despojo, el desarraigo y la destrucción. Se hablará, en consecuencia, del consumo objetivo del sujeto observado –el caníbal o salvaje- y al mismo tiempo de la desaparición de dicho sujeto de observación. Joaquín Barrientos en su artículo “Apetitos extremos: la colonialidad del ver y las imágenes-archivo sobre el canibalismo de Indias”, dirá que dicho pasado mitológico y tradición retórica del medioevo sirvieron para construir a aquel “buen y mal” salvaje americano, en los que ese estadio de inferioridad racial y epistémica posibilita el consumo objetivo del sujeto observado (2008). ¿Consumo? ¿Qué consumo? ¿Una antropofagia de qué nivel?

Barrientos comentará, entonces, que la aparición del “objeto salvaje” hará desaparecer, al mismo tiempo, ese objeto de observación (2008). Es decir, aparece de esa forma una suerte de doble vía en la que la invención o construcción de lo salvaje corresponde directamente a una cultura etnocentrista en la que el autoproclamado civilizado puede –y debe- devorarse a su antítesis que es el bárbaro, que es el caníbal, que es el salvaje. Así pues, el discurso de ese que observa al observado no es más que la actualización de imaginarios medievales y que, como puntos de discurso, se usan para la *destrucción justificada del sometido* para quitarle, así, todo lo que tiene.

Existe, en realidad, una especie de línea de continuidad en lo diseñado o visto como monstruoso –la sexualidad, el vello en el cuerpo, el canibalismo- de la Edad Media que, en el encuentro entre el Viejo y el Nuevo mundo, hizo del indígena americano un ente inferior, un instrumento para usar, un hombre animalizado.

## El americano en la visión del europeo

Llegados a este punto quisiera ahora poner en relieve –por lo menos con ejemplos de corte histórico- lo que he venido exponiendo. Ergo, ¿qué otra cosa sino un fantasma medieval habitaba la mente de Le Moyne –pintor y cartógrafo de la novela histórica *Tríptico de la infamia*- cuando decide embarcarse hacia América? Le Moyne, como aprendiz, trabaja en el taller del maestro Tocsin en el que no solo perfecciona la técnica de representar al mundo, sino que refuerza sus distorsiones medievales con respecto a ese *nuevo* lugar recién *descubierto*:

Una noche, el aprendiz preguntó cómo debía dibujar a los habitantes de América. Píntelos iguales a nosotros, un poco más oscuros porque el sol en esas regiones es intenso. Hágalos desnudos o póngales algún trapo para que se sepa que son también vástagos de Adán. ¿Y los animales?, inquirió el aprendiz. Sitúe aquí algunos saurios, allá las palmípedas albas de los ríos, y en este lado el armadillo y el loro. Le Moyne obedeció y recordó, mientras iba dibujándolos, los dragones, las arpías, las sirenas que Desceliers había situado en esas mismas coordenadas de la Tierra. (Montoya, 2015)

Hechos en el prejuicio o, mejor, en el imaginario de cómo se ven y cómo se deberían comportar los habitantes de esas tierras, Le Moyne aprende en el taller de su maestro que, con un trapo, dichos seres se pueden parecer mínimamente a Adán. Saurios<sup>2</sup> y palmípedas<sup>3</sup> son puestos aquí a modo de lugar común, al tiempo que el aprendiz constata y compara lo que históricamente lleva en su cabeza: Desceliers -pintor fundamental del renacimiento- le ha hecho creer que en ese lugar desconocido hay dragones, arpías y sirenas. ¿Eran fidedignos los indios con flechas, plumas y taparrabos que el maestro Tocsin pintaba en la lejanía y el encierro de su taller? (Montoya, 2015). Quizá no, pero, a pesar de que Le Moyne no cree en las elucubraciones de su maestro por no haber pisado nunca las nuevas tierras, esto no aleja al aprendiz de la contaminación a la que, históricamente, han asistido todos los europeos como él:

Debajo de cada monstruo, Le Moyne había escrito su nombre y origen. El cosmógrafo sonreía y movía la cabeza, en un gesto que no se sabía si era de afirmación o de rechazo, cuando brotaban las criaturas raras descritas por Beda el Venerable, los casos estrambóticos de la naturaleza citados por Thomas de Cantimpré, y las otras formas vivientes, aún más impresionantes por la dimensión de sus deformaciones, narradas por el cronista de Núremberg. Tocsin veía las sirenas que había contemplado Cristóbal Colón en la isla de La Española. Las mujeres guerreras de las que hablaba André Thevet, tras haber viajado a la Francia antártica. Veía hombres con orejas de perro comiendo carne humana, acéfalos formidables metiéndose flechas en la garganta para vomitar, y peces que volaban y árboles andariegos. Tocsin hizo una pausa para decirse que no sabía muy bien si su discípulo había aprovechado el tiempo en las lecturas, o si ellas lo habían intoxicado irremediabilmente (Montoya, 2015).

Líneas adelante Le Moyne dirá que el Ministro de Diepa sentenció, al ver sus dibujos, que éstos eran representaciones de *Los hijos de Cam*<sup>4</sup> y añadirá lo siguiente “[...] ellos existen para mostrarnos en lo que nosotros podemos convertirnos si dejamos de ser hermanos en Cristo” (Montoya, 2015). ¿Es necesario señalar que las criaturas de Le Moyne son producto de su mente medieval y religiosamente distorsionada? A falta de otra respuesta innecesaria en la que se diga que sus monstruos y todos los monstruos son invenciones netamente humanas, prefiero cerrar este apartado diciendo que esa y solo esa distorsión puede explicar el por qué una persona de la época de Le Moyne decidía embarcarse en una odisea que fácilmente le podía costar la vida: la actualización del mito del salvaje en América.

<sup>2</sup> Reptiles.

<sup>3</sup> Ave con dedos palmeados y experta en natación.

<sup>4</sup> Hijo maldito por Noé y que, bíblicamente, se refiere a los habitantes de África y otras partes de Asia. *Cam*, para algunos, significa quemado o negro en etimología hebrea, o esclavo en egipcia.

## El europeo en América

¿Qué pasó con esas personas que decidieron atravesar el océano hacia lo salvaje y desconocido?

Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin embargo parece una aventura de la imaginación. Contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho, y otros como alcatraces sin lengua cuyos picos parecían una cuchara. Contó que había visto un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. (García, 2014)

García Márquez, en la recepción de su Premio Nobel de Literatura, cita a Pigafetta para mostrar el que, para él, es el “germen de nuestras novelas”. En efecto, la exageración, la imaginación y el delirio serán la constatación del mito medieval que condenó a América. Cerdos con el ombligo en lomo o pájaros sin patas cuyas hembras empollan sobre el macho responden, con seguridad, a isotopías de la perplejidad y el asombro, isotopías de la exotización y el salvajismo con los que desde el día uno de su “descubrimiento” tuvo que cargar América. Sin embargo y como ya se ha hecho mención, esta condición de irrealidad ante lo nuevo no fue sino la creación de una “colonialidad del ver” para decir, sobre lo desconocido, que aquello era monstruoso y necesitaba ser sometido.

En busca de la fuente de la Eterna Juventud, el mítico Alvar Núñez Cabeza de Vaca exploró durante ocho años el norte de México, en una expedición venática cuyos miembros se comieron unos a otros y sólo llegaron cinco de los 600 que la emprendieron. Uno de los tantos misterios que nunca fueron descifrados, es el de las once mil mulas cargadas con cien libras de oro cada una, que un día salieron del Cuzco para pagar el rescate de Atahualpa y nunca llegaron a su destino. (García, 2014)

Leyendas aquellas como la de La fuente de la Eterna Juventud o incluso El Dorado no son más que la respuesta a una obsesión fantástica y surreal en la que, no obstante, todos los europeos creían porque estos lugares representaban la idea de que América era el reino de lo salvaje o, por lo menos, el lugar donde finalmente confluían las historias europeas medievales. ¿Cómo sino producto de una individualidad falsamente plantada como otredad se puede explicar el sacrificio de casi 600 personas en busca de lo que no existe? La creencia de una ciudad indígena en la que todo estaba cubierto de oro y por la que el comerciante Juan Sepúlveda empleó a más de 5000 indígenas para desaguar la Laguna de Guatavita, por ejemplo, son la transcripción del “civilizado” como poseedor de derechos sobre lo “salvaje”. Aquí la abundancia, lo diferente y lo nuevo –sean animales, lugares o recursos- se convierten en puntos de inflexión para justificar el saqueo y el despojo al que tiene derecho el civilizado. Así las cosas, después de alimentarse con un mito medieval y llegar con él a América, el europeo decide implantar en el “nuevo mundo” el mito estructurado de lo salvaje y, en consecuencia, de lo fantástico para devorarse todo un continente.

## **La actualización del mito de salvaje: la instrumentalización del nativo americano**

Empujado por la necesidad de vivir en el “nuevo mundo” el mito medieval, Gonzalo Pizarro –el menor de los hermanos Pizarro- se lanza en busca de una tierra repleta de canela con poco más de 200 hombres blancos y cerca de 4000 indígenas americanos. Un país de canela que era necesario en esa línea de ilusión medieval pero que, por supuesto, no era solo por la ilusión de vivir lo irreal en el “nuevo mundo” sino, en verdad, por ser la oportunidad única de hacerse con un gran poder absoluto. Al fin, ¿qué otra cosa sino saqueo y destrucción podría correr por la sangre de un conquistador que se mete al corazón de la selva más peligrosa del mundo? En consecuencia, en la novela *El país de la canela* asistimos a la fase última de este mito medieval impuesto en América: la antropofagia del salvaje.

Pizarro había querido hacer el tramo final del camino acompañado sólo por sus hombres más cercanos: quería ser él quien hallara las leguas de bosques de canela y tomara posesión de ellos en nombre del rey, y fue eso lo que nos salvó de estar presentes en lo más atroz del exterminio. Y a mí también me cuesta imaginar el modo como ordenó la matanza, porque es difícil matar a tres mil indios aun con la ayuda de tantos perros de presa. Aunque sólo llegué al final del holocausto, aquel olor de muerte quedó impregnado en mí. (Ospina, 2017)

Tildado de salvaje por un imaginario construido a kilómetros y siglos de la distancia, el nativo americano –en la arbitrariedad- es devorado finalmente por el blanco. Pizarro –en su condición febril de europeo- crea una expedición megalómana en la que los indígenas, al ser despojados de su humanidad, pasan a ser herramientas de trabajo que se pueden desechar cuando viene en gana. De esa forma, la antropofagia a la que hago mención no se refiere al acto mismo de ser devorado, bien que son los perros de presa de Pizarro quienes engullen a los indígenas, sino que nos encontramos ante un tema hegemónico: el civilizado con una voluntad absoluta para decidir sobre la vida y la muerte de otros, el europeo como caníbal que se traga hasta la humanidad del otro, el blanco como único juez que decide quién tiene derechos y quién no.

La supuesta necesidad civilizadora y el etnocentrismo dotarán entonces al europeo de un derecho para administrar los bienes del otro. El encuentro de Europa con otras culturas distintas a la suya planteará la existencia de una problemática del otro además de su diferencia (Miampika, 2014). Existe, de esa manera, una aprehensión hacia lo diferente y en la interacción con esa diferencia el europeo luchará para civilizarla y, al mismo tiempo, para negarla: la humanidad del que ha llamado salvaje no existe, simplemente. Para Landry-Wilfrid Miampika la cultura del otro –connotada de manera negativa como primitivismo o salvajería- le sirve al europeo para promover su misión civilizadora que legitima el etnocentrismo, la superioridad del civilizado europeo y la necesidad de inculcar otros ideales como el progreso, la razón y las luces (Miampika, 2014). ¿Qué es el “descubrimiento de América”, entonces?

El “descubrimiento de América” es la negación y depreciación de lo otro. Es la reproducción de un mito medieval para exotizar lo diferente y justificar su exterminio. Es la presunción de que lo extraño es salvaje. Es el discurso nefasto de que lo desconocido debe ser sometido y de que el europeo –como único ser civilizado- es dueño del mundo.

### **Conclusiones**

El análisis presentado revela cómo el mito del salvaje, con raíces en la Edad Media europea, ha sido instrumentalizado para justificar la colonización y exterminio de las culturas indígenas americanas. Este mito, que distorsiona la percepción de lo “otro”, permitió a los colonizadores europeos deshumanizar y animalizar a los nativos, viéndolos como seres inferiores y legitimando así su explotación y saqueo.

La narrativa del “buen salvaje” y sus versiones distorsionadas se convirtieron en herramientas retóricas que sustentaron una ideología etnocentrista, perpetuando una visión de la alteridad que desconoce y menosprecia las culturas indígenas. A través de una construcción simbólica, el europeo no solo consumió territorialmente al indígena, sino que también devoró su humanidad, relegándolo a un rol de objeto de observación y dominio. Además, el mito del salvaje se manifiesta como un arquetipo de poder en el que la figura del colonizador es exaltada en su “civilización” frente a la barbarie atribuida al indígena. Esta perspectiva se traduce en un discurso que no solo justifica el saqueo material, sino que también legitima la aniquilación cultural y física de los pueblos originarios.

En síntesis, el encuentro entre Europa y América fue, más que un descubrimiento, una proyección de mitos medievales que facilitó la depredación de un continente y la negación de su riqueza cultural, perpetuando así una historia de dominación y exterminio que resuena en la memoria colectiva. Este estudio subraya la importancia de reflexionar sobre estas narrativas históricas para desmantelar las estructuras de poder que aún persisten en la actualidad.

## Referencias

- Barrientos, J. (2008) *Apetitos Extremos: La colonialidad del ver y las imágenes-archivo sobre el canibalismo de Indias*. Instituto europeo para políticas culturales progresivas, <https://transversal.at/transversal/0708/barriendos/es>
- Bartra, R. (2001) El mito del salvaje. *Ciencias*, 60-61. 88-96.
- Fanon, F. (2009) *Piel negra, máscaras blancas*. Ediciones Akal S.A.
- García, G. (2014) La soledad de América Latina. Ministerios de las Culturas, las Artes, y el Patrimonio, <https://www.cultura.gob.cl/agendacultural/la-soledad-de-america-latina-gabriel-garcia-marquez/>
- Lepe, P. (2012) Civilización y barbarie. La instauración de la ‘diferencia colonial’ durante los debates del siglo XVI y su encubrimiento como ‘diferencia cultural’. *Andamios, Revista de investigación social* (UNAM), 9, (20), 63-88.
- Miampika, L. (2014) “Identidades de Calibán e imaginario transliterario”. *Africa / América: Literatura y Colonialidad*, editado por Ana Pizarro y Carolina Benavente, Fondo de Cultura Económica, 192-212.
- Montoya, P. (2015) *Tríptico de la infamia*. Penguin Random House Grupo Editorial
- Olivares, D. (2013) “El salvaje en la Edad Media”. *Revista digital de Iconografía medieval*, 5, (10), 41-55.
- Ospina, W. (2017) *El país de la canela*. Penguin Random House Grupo Editorial